

## **Eloy Alfaro y José Martí en el vórtice de la Revolución latinoamericana**

María Caridad Pacheco González  
**(Centro de Estudios Martianos)**

El conocimiento de la vida y la obra de las grandes figuras históricas revelan en ocasiones no pocos momentos de enlace e interrelación entre naciones y procesos históricos. Este es el caso de Eloy Alfaro y José Martí, dos de las más grandes personalidades de la historia de América Latina en el siglo XIX.

Los primeros encuentros de Martí con la historia ecuatoriana, tienen lugar en su más temprana juventud, cuando leía sobre la gran epopeya bolivariana en periódicos que entraban “ocultos (escondidos) como crímenes”<sup>1</sup> en la Isla. No menciona entonces a Ecuador de forma particular, pues lo entusiasma, por encima de todo, la gran obra de liberación de la América del Sur para cuya culminación era imprescindible la lucha por la independencia de Cuba, iniciada el 10 de octubre de 1868.

No obstante, alude en no pocas ocasiones en su amplia obra escrita a diversos aspectos del devenir histórico y cultural del país andino, así como a personalidades destacadas de la hermana nación, como el poeta Juan León Mera, el escritor José Joaquín de Olmedo, el sabio geógrafo Manuel Villavicencio, el orador José Mejía, el pintor Samaniego, y el periodista Federico Proaño, entre muchos otros. Este registro de intelectuales ecuatorianos le aporta a Martí un conocimiento fabuloso de la cultura ecuatoriana, a pesar de ser un territorio que nunca visitó.

En 1882 al destacar los aportes de Manuel Villavicencio, sabio geógrafo de Ecuador, en un artículo publicado en *La Opinión Nacional* de Caracas, expresaba:

**“ — Muchos misterios del tiempo de la conquista dejan de serlo, y muchas que parecen maravillas quedan reducidas al nivel de hechos comunes, apenas se da el lector a hojear en el libro de Thomas Gage, que escribió por aquellos tiempos, y fue fraile en América, la verdadera relación**

---

<sup>1</sup> José Martí. *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, Tomo 7, p.287

de la conquista de México por Hernán Cortés, o se lee en el Padre Juarros, que ha escrito una crónica infantil y minuciosa de la conquista de Centroamérica, —cómo vivían los generosos y batalladores príncipes cachiqueles, quiches y zutarjiles, que andaban siempre en querellas, como andamos todos ahora, sin ser indios, o se recorren las páginas de una Geografía excelente del Ecuador, de Villavicencio, que cuenta en sumario fidedigno las guerras interiores de la casa de los Incas. Lo que pasma al leer esas narraciones, no es tanto la intrepidez de los invasores, como el poder del odio de los invadidos, que no veían que apoyando a los extranjeros contra sus enemigos locales, se creaban un dueño poderoso para sí mismos [...] Vivimos, por incuria, por no registrar nuestros archivos, por no publicar las joyas que guardamos en ellos, en una lamentable ignorancia de los acontecimientos de nuestra vieja historia, que, una vez estudiada y descubierta, será una fuente de provechosísimas lecciones para pueblos que, como casi todos los de Sudamérica, son mirados como una presa natural por otras codiciosas naciones de la Tierra. Esa historia vieja enseña una verdad: la conquista se realizó, merced a las divisiones intestinas y rencores y celos de los pueblos americanos. Por satisfacer odio momentáneo y abatir a sus enemigos, y complacer su orgullo, aquellos pueblos cayeron en esclavitud constante. Los pueblos de una raza deben ser como los hermanos de una familia. En cónclave privado deben computar sus mutuos derechos, y decirse sus quejas y sus deseos, pero cuando el extranjero llama a las puertas, todos los hermanos deben mover a una misma hacha de armas, si el extranjero viene de guerra. Si viene de paz, con el arado en una mano y el libro en la otra, se le sienta a la mesa, [...]”<sup>2</sup> .

Martí escribía esto en tiempos en que para él ya comenzaba a ser evidente que un nuevo conquistador se aprestaba a posesionarse de nuestras tierras de América, por lo que los pueblos latinoamericanos debían tomar conciencia de que la unidad era como una coraza protectora contra la nueva conquista que se gestaba. Pocos años después, en 1887, Eloy Alfaro también buscaba la unión de

---

<sup>2</sup> José Martí, Ob Cit, Tomo 23, p. 191-192

nuestras naciones para poder negociar en condiciones de igualdad con las grandes potencias del mundo.

Nacido en Montecristi, entonces capital de la provincia de Manabí, el 25 de junio de 1842, Eloy Alfaro Delgado, visitó muy joven gran parte de Latinoamérica y también desde muy temprana edad, empuñó las armas a favor de la libertad y la justicia en su patria, Ecuador.

En 1873, cuando en Cuba estaba en pleno fragor la Guerra Grande, trabajaba activamente y era dirigente en la filial de la Sociedad “Amigos de Cuba”, radicada en Panamá. En esta época sostuvo relaciones amistosas con exiliados cubanos que después de la firma del Pacto del Zanjón (1878) buscaban apoyo en diversos países de Nuestra América para reiniciar la guerra por la independencia. Poco después, en Perú, todo parece indicar que sostuvo conversaciones con el Mayor General Antonio Maceo, quien se proponía adquirir armas y recursos financieros para iniciar una nueva contienda, y aunque el héroe cubano no logró este propósito, los contactos con Alfaro le permitieron idear un plan de cooperación revolucionaria que abarcaría la lucha por la independencia de Puerto Rico y de Cuba<sup>3</sup>.

En 1894, un año antes del triunfo liberal y del estallido de la guerra necesaria en Cuba, Alfaro había propuesto a Maceo un plan de ayuda a la Revolución Cubana que consistía en la organización de un contingente armado, integrado por ecuatorianos, colombianos y nicaragüenses para combatir en tierra antillana. Enterado Martí del proyecto, no lo consideró entonces viable ya que estaba convencido de que la guerra en Cuba sería breve y que tareas internas más urgentes ocuparían la atención de Alfaro. Por otra parte, si bien Martí había otorgado importancia a la ayuda internacional para alcanzar el triunfo de las armas cubanas, nunca le concedió un papel determinante. Para él era mucho más importante mostrar al mundo un movimiento fuerte y organizado que despertara confianza y respeto en amplios sectores de la comunidad internacional. No obstante, el gesto solidario de Alfaro fue altamente valorado por Martí, quien escribió en *Patria* aquel año que “El bravo Eloy Alfaro... es de los pocos

---

<sup>3</sup> Raúl Aparicio. *Hombradía de Antonio Maceo*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p.323.

americanos de creación”<sup>4</sup>. Una definición tan precisa no podía reducirse, en hombre del rigor conceptual y la honestidad del Maestro, a una bella frase ocasional pronunciada a tenor del elogio que entonces dirigía al destacado periodista ecuatoriano Federico Proaño, sino que entrañaba un conocimiento profundo y una innegable simpatía hacia la personalidad política a la cual estaba dirigida.

En la época en que el liberalismo ecuatoriano llega al poder, surge y se desarrolla el fenómeno imperialista, que José Martí consideraba un peligro para la independencia y libre desarrollo de Nuestra América porque, como lo demostró el devenir histórico, pretendía subordinar financiera y económicamente al continente latinoamericano y establecer una alianza entre las incipientes oligarquías nativas de las repúblicas latinoamericanas y los monopolios norteamericanos.

De este modo el significado de la guerra que se libraría en Cuba no se limitaría a la simple obtención de la independencia, sino a la construcción de una república basada en ideales democráticos y antimperialistas.

A fines del siglo XIX surge entre los sectores más lúcidos del continente una firme conciencia antiimperialista (que en su primera etapa tiene un carácter eminentemente antinjerencista), de la cual se impregnaría el liberalismo alfarista, incorporándola a sus esfuerzos por la unidad latinoamericana. Precisamente por esta visión estratégica, para Alfaro revistió gran importancia la lucha de los cubanos por su independencia, que por otra parte, despertó en el pueblo ecuatoriano una amplia solidaridad bajo el recuerdo aún reciente de sus luchas emancipatorias.

Es importante tomar en consideración que la posición de América Latina ante la Revolución Cubana de 1895 y la Guerra de 1898 es muy diferente a la que prevaleció en la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Si bien en aquella la insurrección cubana contó con el reconocimiento y el apoyo de algunos gobiernos del área, en la última etapa fue todo lo contrario. Esto se debió fundamentalmente al agotamiento de las perspectivas de las reformas liberales, las que avanzaron en

---

<sup>4</sup> José Martí, Ob Cit, Tomo 8, p. 258

la integración nacional y el quiebre de los privilegios antiquísimos de la iglesia, pero dejaron intactos el predominio del latifundio y la explotación de las poblaciones aborígenes. De este modo, de manera paulatina accedieron al gobierno los sectores más retrógrados y conservadores del liberalismo, los que aliados con el capital extranjero, en época de gestación del capitalismo de los monopolios, dieron la espalda a la Revolución Cubana y a sus líderes.

En muchos de estos países se formaron clubes del Partido Revolucionario Cubano con el fin de recaudar fondos para garantizar el avituallamiento y la propaganda a favor de la guerra en Cuba, los pueblos se solidarizaron y apoyaron la causa cubana, pero los gobiernos —es triste decirlo— se colocaron abiertamente al lado de España por temor, entre otros factores, a perjudicar sus buenas relaciones diplomáticas y comerciales con la nación ibérica.

En este aciago contexto, solo hubo una excepción, y fue el gobierno de Eloy Alfaro en Ecuador, quien en 1895 había encabezado una tardía revolución liberal destinada a transformar su país en una nación moderna, uno de cuyos pasos fue la inauguración del ferrocarril Guayaquil-Quito, con una concepción laica al adoptar la separación Iglesia-Estado, la secularización de los bienes eclesiásticos y un régimen de libertades públicas y garantías ciudadanas.<sup>5</sup>

Apenas tomó posesión de la jefatura del gobierno de la república andina, Alfaro reafirmó su compromiso con la Revolución Cubana y dispuso que el Coronel León Valle Franco organizara una expedición militar con veteranos de las guerrillas liberales ecuatorianas con el fin de apoyar a los insurrectos cubanos, y aunque tal empresa no llegó a concretarse por razones ajenas al gobierno y al pueblo ecuatorianos<sup>6</sup>, el gesto solidario fue altamente valorado por los revolucionarios cubanos, que recibieron otro enorme estímulo moral del bravo ecuatoriano cuando atrajo la atención pública internacional al escribir una memorable carta a la Reina Regente de España, María Cristina, demandando la

---

<sup>5</sup> Sergio Guerra Vilaboy. *Breve historia de América Latina*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 175.

<sup>6</sup> Las dificultades insalvables que significaban el transporte de tropas desde el Pacífico al mar Caribe, al no poder utilizar el istmo de Panamá por la permanente hostilidad del gobierno conservador de Colombia, lo obligaron a desistir de este proyecto.

independencia de Cuba, que tiene el mérito histórico de constituir la única manifestación pública de un jefe de estado en favor de la Revolución Cubana durante la Guerra de 1895.

En la carta, rubricada el 19 de diciembre de 1895, el mandatario aconsejaba a la monarquía española que no repitiera los errores del pasado, y la exhortaba a acatar las enseñanzas que le brindaba la historia más reciente de sus relaciones políticas y económicas con América Latina, porque de ese modo España “pondría a cubierto sus intereses y habría hecho justicia a las aspiraciones de Cuba, sin mengua de su decoro”<sup>7</sup>.

En correspondencia con su sentido latinoamericanista, Alfaro se esforzó porque la carta fuera firmada también por los presidentes de Colombia, Venezuela y Perú, pero los gobernantes de esos países se negaron. Varios historiadores al analizar tal actitud han explicado esta situación argumentando que algunos gobiernos querían evitar litigios diplomáticos con España<sup>8</sup>, al mismo tiempo que mostraban interés en restablecer relaciones comerciales con la vieja metrópoli y seguir los dictados del Departamento de Estado norteamericano, que presionaba para que la causa cubana no contara con la ayuda de sus hermanos en el continente. También habría que añadir la debilidad de los gobiernos advertidos de que el respaldo a los independentistas cubanos podía significar el apoyo español a sus adversarios políticos internos y externos.

Además, es preciso tomar en consideración que los gobiernos españoles posteriores a la Guerra de los Diez Años, se esforzaron por desarrollar y aplicar en toda América una política empeñada en destacar los valores de la cultura hispana; es decir, su historia, sus elevadas realizaciones artísticas en la literatura, la arquitectura, la pintura y otras manifestaciones creativas que inevitablemente rescató parte del prestigio perdido por España en la represión de la lucha

---

<sup>7</sup> Eugenio de Janón. *El viejo luchador: Su vida heroica y su magna obra*. Empresa Editora Abecedario Ilustrado, Quito, 1948, p.356-359

<sup>8</sup> Ver: Manuel Márquez Sterling. *La diplomacia en nuestra historia*. La Habana, 1967 y el prólogo de Jorge Ibarra a esta edición; Miguel A D Estéfano. *Cuba en lo internacional* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, p. 338-347; González Patricio, Rolando. “Nuestra América en la estrategia independentista del Delegado José Martí”. En: Ob Cit, p. 44-45

revolucionaria de los pueblos hispanoamericanos. Su política exterior europea intentó, sin éxito por cierto, revitalizar la Santa Alianza, el pacto de las monarquías europeas ante la amenaza de las revoluciones republicanas. Dos fuertes potencias se opusieron a ello: Gran Bretaña, que se abstuvo de unirse a ella, y Alemania, que la utilizó solo en la medida de sus intereses.

El gobierno de España hizo caso omiso a la carta, pero Alfaro le dio publicidad a través de varios órganos de prensa, hecho que evidenció su valentía política y acrecentó la admiración que los cubanos le profesaban. Finalizada la histórica proeza de la invasión a occidente, Maceo le dirige un mensaje de agradecimiento, en el que expuso:

Por la prensa española, he sabido la parte que Ud, en cumplimiento de lo que un día me ofreció, ha tomado en pro de la causa cubana. Reciba, por tan señalada prueba de amistad y de consecuencia, mis más expresivas gracias y las de este ejército.<sup>9</sup>

El señalamiento oportuno del Titán al recordar el cumplimiento de lo que “un día me ofreció”, pone en evidencia el permanente interés de Alfaro en brindar apoyo a la independencia cubana , así como su responsabilidad y alto sentido del deber con el destino de los pueblos latinoamericanos.

El destacado estadista ecuatoriano al responder a uno de los tantos cubanos que le dirigieron elogios y reconocimientos por la muestra de solidaridad que entrañaba el mensaje a la Reina Regente de España, dijo con humildad: “[...] he cumplido con un deber de americanismo. Deploro, sí, que una nación débil como el Ecuador no pueda hacer oír su voz con la eficacia que requiere el caso”<sup>10</sup>.

Alfaro no sólo se esforzó por lograr el reconocimiento diplomático de la República de Cuba en Armas por parte de la Convención Constituyente de Ecuador, disponiendo incluso que el representante de dicha república fuera recibido con el protocolo y los honores inherentes a los embajadores de las naciones independientes que contaban con reconocimiento internacional, sino que fomentó entre sus conciudadanos una corriente de simpatía hacia la gesta

---

<sup>9</sup> Santovenia Emeterio. *Eloy Alfaro y Cuba*. Ediciones La Tierra, Quito, 2001, p.156

<sup>10</sup> *Ibíd*em, p. 159

mambisa. De este modo, por disposición del Presidente ecuatoriano, en la época de la Guerra del 95, los alumnos de las escuelas de la República de Ecuador cantaban el himno de Bayamo, y dos veces a la semana, en las retretas de las poblaciones, las bandas militares, generalmente acompañadas por los asistentes entonaban las notas de *La Bayamesa*. Con razón el comisionado cubano en el país andino, Arístides Agüero, declaró a su llegada a Nueva York, después de cumplida su misión, que “en el Ecuador no tenía Cuba sino amigos”<sup>11</sup>.

Pero el gobierno ecuatoriano tampoco pudo dar una respuesta afirmativa a las peticiones cubanas para el reconocimiento del gobierno en armas o al menos del derecho a la beligerancia de su Ejército Libertador. Con amargura relata Arístides Agüero a Estrada Palma la respuesta del caudillo ecuatoriano a la formal solicitud en tal sentido formulada el 29 de septiembre de 1896 por el gobierno cubano:

La beligerancia no la puedo reconocer ahora –*dijo Eloy Alfaro*– no por miedo a España, ni por temor a ser el primero; acostumbro hacer de cabeza y no de cola, procedo con arreglo a mis convicciones y nada me importaría que otros me siguieran o no; creo utilísimo para el Ecuador romper con España, fui el primero en tratar de ello y continuaré firme en esa creencia pues España nos dará fallo adverso; pero la situación interna no me permite dar paso alguno respecto de Cuba: hay preparada una revolución cuya bandera sería que yo comprometo con una quijotada los intereses ecuatorianos [...] “<sup>12</sup>

A fines de 1895, en coincidencia con su pensamiento bolivariano, puesto de manifiesto de forma permanente en su proyección ideológica y en su actuación política, Eloy Alfaro tomó la iniciativa de convocar para el 10 de agosto de 1896 un Congreso Internacional Americano, a celebrarse en México en homenaje al Primer

<sup>11</sup> Emeterio Santovenia, Ob Cit, p.183

<sup>12</sup> Carta del 16 de marzo de 1897 en Correspondencia [...], op. cit., t. II, p. 88. El subrayado es del original. A esa altura ya el Congreso ecuatoriano había rechazado por simple mayoría el proyecto de reconocimiento de la beligerancia cubana. Ver: Guerra Vilaboy, Sergio. “América Latina y la independencia de Cuba”. [www.adhilac.com.ar](http://www.adhilac.com.ar)



Grito de Independencia en Hispanoamérica. Entre los puntos principales de la agenda figuraban buscar fórmulas conjuntas para coadyuvar a la emancipación cubana, la formación de un Derecho Público Americano que dejara a salvo los derechos legítimos de nuestros países frente a la doctrina Monroe esgrimida por los Estados Unidos, estrechar las relaciones entre las naciones del continente y afianzar la paz. Tan vasto programa interesó a la mayoría de los países, aunque desde los inicios tuvo que sortear serios obstáculos.

Como tal Congreso se oponía a los intereses hegemónicos de los Estados Unidos en el hemisferio, así como a su estrategia anexionista en relación con Cuba, el gobierno norteamericano boicoteó la iniciativa de Eloy Alfaro a través de la presión política, la guerra mediática y el chantaje para hacer fracasar el proyecto ecuatoriano, e incluso trataron de trasladar la sede a Washington.

Según han planteado los historiadores ecuatorianos Juan José Paz y Miño Cepeda en su obra *Eloy Alfaro y el Americanismo Liberal*, el entonces Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr Olney, dijo que “el Ecuador no tenía prestigio bastante para acometer ni para llevar a cabo una empresa de la importancia que debía tener un Congreso americano” y que “no sería prudente entrar en una discusión sobre la Doctrina Monroe, ahora que los Estados Unidos están negociando con Gran Bretaña un tratado general de arbitraje y de gran trascendencia y que puede dar por resultado el arreglo de la cuestión de límites entre Venezuela y la Guayana inglesa”.<sup>13</sup>

El 10 de agosto de 1896 se inauguró el Congreso en el palacio de Chapultepec de México, pero en virtud de la ausencia de la mayoría de los países invitados, se procedió a su disolución sin siquiera haber comenzado. No obstante, se procedió a la aprobación de un informe de carácter antintervencionista en el cual se puso de manifiesto que la Doctrina Monroe atravesaba por una crisis y que era menester someterla a un análisis jurídico para que no constituyera, como hasta ese momento, un simple acto unilateral de los Estados Unidos. De este

---

<sup>13</sup> Luis Robalino Dávila. *Orígenes del Ecuador de Hoy*. Editorial del Ecuador de Hoy. Editorial José M Cajica Jr S.A, Puebla , México, 1974, Vol II, No 1, p. 214, 242, 245-250

modo, aunque el Congreso fracasó, tuvo una resonancia insoslayable por el interés en la defensa de Latinoamérica frente a las potencias hostiles y porque después de los intentos precursores de Bolívar, era la primera vez que se intentaba consensuar una política democrática y latinoamericanista frente a los afanes expansionistas del naciente imperialismo norteamericano.

El proyecto Grancolombiano de Alfaro, por el cual luchó hasta el final de su existencia, encontró demasiados escollos internos y externos para su realización y quiso el azar que cayera, víctima de una agresión homicida, el 28 de enero de 1912, el mismo día que se cumplía el 59 aniversario del natalicio del Apóstol cubano.

En 1928 se levantó un monumento a Eloy Alfaro en una plaza próxima a la Universidad de La Habana. En la columna de mármol del busto está grabada la siguiente inscripción: "Alfaro supo levantar su voz en hora de tristeza para nuestra Patria, pidiendo justicia para nuestro Pueblo. Cuba agradecida consagra este Monumento para perpetuar su memoria". La Plaza "Eloy Alfaro" fue, para varias generaciones de cubanos, centro de reunión y combate frontal contra las dictaduras.

Alfaro había dicho "Sin los mártires no habría Libertadores: éstos recogen la buena simiente que sembraron y regaron aquellos con el sacrificio de su vida", y esta síntesis admirable resume el sentido de su existencia y la de Martí, dedicadas por entero a la lucha por un futuro mejor para los pueblos de Nuestra América.